

partido al célebre Silvio, conociendo que la autoridad de este doctor arrastraría á toda la universidad de Douai, de la cual era la mas brillante antorcha; pero el docto y piadoso Silvio, inviolablemente adicto á la santa Iglesia romana, y sumiso con el corazon y el entendimiento á las bulas de Pio V y de Gregorio XIII, nada deseaba con mas ardor que preservar á su Compañía de los errores que ella habia proscrito. Al contrario, emprendió este doctor celoso abrir los ojos á Jansenio, y empezaba á concebir buenas esperanzas, cuando murió el prelado (1). Por esta razon se debe reputar sincera la carta que entonces escribió Jansenio al Papa en estos términos edificativos (2): «¿Qué cátedra consultaremos sino aquella en que no tiene entrada la perfidia? ¿A qué Juez recurriremos sino al Vicario de Aquel que es el camino, la verdad y la vida? Bajo su direccion estamos siempre exentos del error; y jamás permitirá Dios que desbarremos siguiendo los pasos de su Vicario. Asi todo lo que he pensado, dicho ó escrito en este laberinto herizado de disputas, para descubrir los verdaderos sentimientos de un maestro tan profundo como Agustin, lo pongo á los pies de Vuestra Santidad, aprobando, reprobando, defendiendo y retractando, segun se me prescriba por aquella voz de trueno que sale de la nube luminosa de la Silla apostólica.»

Jansenio, en el artículo ó cláusula de su testamento, relativa á la impresion de su *Augustinus*, añadía estas palabras: «Mi dictámen es que con dificultad se encontrará en él ninguna cosa que deba mudarse. No obstante, si la Santa Sede quisiese hacer alguna varia-

(1) *Veritas et Equitas Bull. Urb. VIII.*

(2) Documento recobrado por el principe de Condé, despues de la toma de Ipres, en 1648.

cion, soy hijo de obediencia, é hijo obediente de la Iglesia romana, en la cual he vivido hasta la muerte. Esta es mi última voluntad.» No puede darse cosa mas concluyente que esta sumision, considerada en sí misma; pero la preocupacion en que parece estar el autor de que con dificultad podia hallarse ninguna cosa que variar en una obra compuesta con el objeto de justificar las novedades proscritas en Bayo, anuncia la mas estraña obcecacion. Agitada por los terrores del juicio supremo y por la perspectiva formidable de la eternidad, el alma, que de repente se vé luchando con la muerte y con su conciencia, abjura el idolo á que ha sacrificado toda su vida, mas no sin sentimiento. Sin embargo, como las últimas espresiones no dejan nada que desear, podia suceder que las preocupaciones antiguas residiesen solo en el entendimiento. No es nuestro ánimo, ni lo permita Dios, infamar á las personas cuyos errores detestamos; antes bien, inferimos que no se debe desconfiar de la salvacion de Jansenio.

Fué éste enterrado en el coro de su catedral, y sus discípulos adornaron su sepulcro con un epitafio pomposo, en que, sin esperar la sentencia apostólica á que él mismo se habia sujetado, se elogiaba su libro como un tesoro inestimable con que habia enriquecido á la Iglesia. Pero habiendo juzgado de otro modo la misma Iglesia, y mirando este sepulcro como una piedra de escándalo todas las personas virtuosas que habia en los Países-Bajos, fué destruido, y se quitó el epitafio, á instancia del Papa Alejandro VII, por orden del gobernador de Flandes, y por la diligencia de Francisco de Robles, sucesor de Jansenio en el obispado de Iprés. Desde entonces, Iprés, que habia sido la cuna del jansenismo, no cesó de distinguirse, aun entre todas las diócesis de Flandes, por su horror á esta heregia.

## LIBRO SEPTUAGÉSIMO-CUARTO.

Desde la muerte de Jansenio en el año 1638, hasta la bula espedida por Urbano VIII en el de 1642.

EL año 1638 fué desgraciado para los dos corifeos de la nueva doctrina. El uno murió de peste á los cincuenta y tres años de edad; y el otro, que era ya demasiado conocido para que pudiese dogmatizar en paz, fué preso por orden del rey, y encerrado en el castillo de Vincennes. Los partidarios del abad de San Ciran han vociferado contra el cardenal de Richelieu, tratándole de inicuo y cruel, y acusándole sin reflexion de que habia mandado prender á su gefe porque votó éste á favor del matrimonio de Gaston de Francia con Margarita de Lorena. Abusan en esto mucho de la credulidad ó ignorancia del público, porque hacia ya mas de tres años que el clero de Francia habia decidido en el mes de julio de 1635 acerca de la nulidad de dicho matrimonio, cuando prendieron al abad de San Ciran; y hacia dos años que Luis XIII habia ofrecido aprobar la conducta del principe, su hermano, con tal que perseverase en la voluntad de unirse con la princesa de Lorena. Por consiguiente, reinaba la calma en los ánimos acerca de este punto. Y ¿por qué estraña razon el cardenal de Richelieu, tan celoso de su autoridad, tan enemigo de que le contradijeran, tan pronto para la venganza, habria tardado tanto tiempo en tomarla? En la comision que dió el rey para instruir el proceso, habla del reo casi como de un herege notorio, y el

modo con que se procedió contra él estaba indicando el mismo delito. Habiendo solicitado la duquesa de Aiguillon la libertad del preso, la contestó el cardenal ministro que toda la Alemania y la Francia serian católicas, si lo que él egecutaba con Du-Verger lo hubiesen hecho sin perder tiempo con Lutero y Calvino. «El es basco (dijo tambien al P. José); tiene las entrañas ardientes, y con los vapores que le suben á la cabeza, forma unas imaginaciones estravagantes, que convierte en dogmas y en oráculos.» En fin, el mismo preso desmintió á sus apologistas acerca de la causa de su prision, escribiendo que se le habia puesto en la cárcel solo por haber seguido con esactitud la teología de Santa Teresa (1): lo que da á entender con bastante claridad que era por causa de religion, y por un fanatismo que procuraba atribuir á esta Santa.

Laubardemont, consejero de Estado, que tenia el encargo de hacer las informaciones, oyó á un gran número de testigos, la mayor parte de ellos tan distinguidos por su nobleza como por sus cualidades personales. Tenemos todavia las declaraciones de la señorita Aquaviva, hija del duque de Atry; de los señores Vitton, limosnero del rey; de Port-Moran,

(1) *Cart. espir.* 23.

abad de Planeselve; de Vigier, superior de la doctrina cristiana; del abad regular de Prieres; del abad Caulet, muy distinto entonces de lo que fué en la silla de Pamiers; del abogado Tardif, íntimo amigo del acusado, y de otros muchos: á lo que debemos añadir las declaraciones de San Vicente de Paul, del piadoso P. Condren; del obispo de Langres y del arzobispo de Sens Mr. de Bellegarde, los cuales no quisieron comparecer delante de un juez lego, pero dieron sus declaraciones por escrito al cardenal ministro. En general, lo que resulta de estas declaraciones es, que el abad de San Ciran era un hombre lleno de sí mismo, de un orgullo y de una presunción intolerables; que prefería sus ideas particulares á la enseñanza de todos los doctores y pastores, de los cuales hablaba siempre con enfado y desprecio; que tocaba con osadía los puntos de erigencia y de disciplina mas universalmente respetados, y que se inclinaba mas á las máximas de Calvino que á las decisiones de la Iglesia, á la cual trataba en términos formales de adúltera prostituida al error.

Mr. de Lescot, canónigo de la iglesia de París y después obispo de Chartres, habiendo sido nombrado por su arzobispo para preguntar al acusado acerca de las informaciones, vió que se defendía de un modo tan odioso, y en particular con una mala fé tan declarada, que el comisionado que hasta entonces le había tenido en bastante buen concepto, creyendo que solo seria reo de alguna indiscrecion, pensó luego de muy distinta manera. Le oyó negar con osadía las cosas mas comprobadas y evidentes, acumular mentiras sobre mentiras, y esto con juramento en un interrogatorio jurídico, siguiendo á la letra lo que tantas veces habia repetido á sus amigos, esto es, que lo negaria todo si se llegase á revelar lo que habia dicho. Poseia perfectamente los dos lenguajes del partido, hablando con franqueza á sus adeptos, y profiriendo siempre enigmas ó equívocos en presencia de sus jueces, á quie-

nes comparaba con los judios, por un abuso de estas palabras de la Escritura, *occulte propter metum judaeorum*. San Vicente de Paul declara en términos espresos haber oido decir al abad de San Ciran, «que si en un cuarto hubiese dicho algunas verdades á personas que fuesen dignas de ellas, pasando á otro en que hallase otras que no lo fuesen, las diria lo contrario, y que Nuestro Señor lo ejecutaba así y encargaba que se hiciese lo mismo (1).»

Llegóse á tratar de sus propias cartas, que eran unos testigos irrecusables. Preguntándole por qué habia representado como abusivo, á Sor Puy-Laurens, cierto punto de doctrina relativo á la confesion, y que se enseñaba en todas las escuelas catolicas, empezó negando el hecho. Obligado á confesar la verdad, por habérsela presentado tan clara como la luz del medio dia, replicó que se sostenian en la teórica muchas cosas que en la práctica jamás llegaban á realizarse, y que él deseaba por una primera intencion el restablecimiento de la penitencia antigua, aunque se separaba de ella por una segunda intencion, y por acomodarse á las disposiciones de los hombres; de suerte que, segun el primer designio que es el mejor, este restablecimiento es un abuso, y segun el segundo, es un buen uso de la caridad y una excelente condescendencia. Habiendo respondido que la Sor Puy-Laurens no habia comprendido bien su pensamiento, se le hizo presente que debia él haberla instruido de modo que no padeciese engaño: á lo que respondió, que hacia profesion de tolerar muchas cosas contra la opinion en que se le tenia de ser demasiado severo. Cuando le dieron en cara con los errores manifiestos que habia enseñado, y la indignidad con que habia hablado del concilio de Trento, replicó, unas veces que habia usado

(1) Deposition del abad de Prieres, publicada en 1635 por Prévost; Carta de M. Vicente á M. d'Origny, de 10 de setiembre de 1648.

de un exceso de palabras, y otras que habia hablado por catacresis; y diciendo por de pronto verdad, añadió que esta figura de catacresis, que es un abuso de palabras, le era familiar, sin que por eso fuese su ánimo ofender la verdad; y que por lo demás, si habia dicho algunas cosas demasiado fuertes, se debia atribuir á su complexion, perdonando este exceso á un hombre que tenia algo de fogoso. En fin, habiendo escrito á San Vicente, no se sabe bien con qué motivo, que le habia servido en un pleito contra el dictámen de su conciencia, le preguntó el vicario general, que era el que hacia los interrogatorios, ¿cómo habia podido portarse de aquel modo, supuesto que nunca es lícito promover ni sostener una mala causa? Respondió que lo habia hecho por dispensa, *dispensatorie*, como se esplica San Bernardo en un caso semejante. No se necesitan comentarios para hacer las debidas reflexiones sobre semejantes defensas.

Los apologistas de San Ciran no por eso han dejado de clamar contra el abuso de autoridad, contra la iniquidad y contra la omision de las formalidades acostumbradas en la causa de San Ciran, porque á instancias de sus protectores se le escusó la vergüenza del careo y de una sentencia definitiva; es decir, que se ha imputado al gobierno como un delito su propia indulgencia. Pero por la muestra que hemos presentado de los cargos y defensas, ¿no se vé claramente que la sentencia no podia menos de serle contraria? Habiendo muerto el cardenal Richelieu (1642), Chavigni, secretario de Estado, y Molé, primer presidente, consiguieron la libertad del preso, con la condicion de que no se volviese á hablar de él. Teniendo á gran felicidad el salir de la torre funesta al cabo de cinco años, no pidió ninguna satisfaccion, aunque tenia el ejemplo de varias personas que pidieron se hiciese justicia á su inocencia oprimida por un ministro, cuyo poder y autoridad no tenia límites. Murió en el mismo año en que se le habia puesto

en libertad, y su partido le proclamó santo.

Muy de otro modo el santo fundador de la Mision, después de haberse separado de la amistad de aquel hombre peligroso, mereció ser colocado en el número de los Santos por la verdadera Iglesia de Jesucristo. La caridad, reina de las virtudes, hizo se le canonizase en vida por la voz de tres grandes provincias que le debieron su conservacion. Prodigio casi increíble, de que no se encuentra ejemplar en ninguna historia antigua, y que se tendria por fabuloso, si no se conservase todavia fresca su memoria en aquellas provincias. Un solo hombre, un sacerdote pobre, de humilde nacimiento y sin ningun poder, hizo lo que escedia las fuerzas de los príncipes mas poderosos. Entre los terrores y horrores de una guerra bárbara, en el seno de la violencia y del latrocinio, todas las obras de misericordia, así espirituales, como corporales, se ejercieron con buen orden, con inteligencia, con esfuerzo y aun con seguridad, no solo respecto de algunas personas particulares, sino de pueblos enteros, y no de paso, sino en una larga serie de años; y en todo este tiempo triunfó la caridad en los lugares donde no tenia la justicia ningun poder, donde se despreciaba la autoridad legítima y se atropellaban todas las leyes.

Durante el año 1639 tuvo Vicente la primera noticia del estado deplorable en que se hallaba la Lorena (4). Habiendo recogido inmediatamente algunas limosnas, á las cuales contribuia con todo lo que no era absolutamente indispensable para las necesidades mas urgentes de su comunidad, las envió para que las distribuyesen sus misioneros. Pero poco después de esta primera limosna, que se consumió al momento, fueron algunos de los que habian llevado á hacerle una pintura de la horrible miseria que habian visto por sus propios ojos. No solo en los pueblos pequeños sino tambien en las principales ciudades, habia personas

(1) Abel. *vid. de S. Vic. l. 1, c. 33; l. 2, c. 11.*  
B. del C., tomo XX.—VII.—HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo V.

de todas clases que se veían reducidas á la última indigencia, en tal extremo, que hubo madres que se comieron á sus propios hijos. Muchas personas jóvenes y distinguidas andaban espian-do la ocasión de redimir su vida, ó por mejor decir, de diferir la muerte, abandonándose á la deshonra. Las religiosas más reformadas que-brantaban la clausura para ir á buscar el ali-mento, arriesgando su virtud. Gran número de párrocos, después de haber agotado todos los recursos para aliviar á sus feligreses, no tenían un bocado de pan para sí mismos. Hubo uno en un pueblo distante media legua de la ciudad de San Miguel, que se vió reducido á regir un arado que tiraban sus feligreses, por falta de animales para la labor. Los eclesiásti-cos, los nobles y los vecinos honrados que te-nían más recursos, abandonaban el país para ir á otra parte á prolongar su desgraciada exis-tencia que no podían ya sostener en sus pri-pios hogares. Todas las casas principales esta-ban desiertas, y las demás tan arruinadas, que los lobos, de los cuales había mucha abundan-cia en aquella provincia montuosa, entraban de noche en las ciudades y en las casas y se llevaban los niños y las mugeres. También de-voraban de día á cuantos encontraban á alguna distancia. El azote del hambre había alcanzado igualmente á los animales, privados por los hombres de su alimento natural. Apenas mo-ria un caballo de cualquiera enfermedad que fuese, se lo llevaban á pedazos para devorarlo. No causaban ya horror los animales venenosos. Una muger que había quedado viuda con tres hijos pequeños, cogió una gran culebra y la echó á toda prisa en las ascuas para satisfacer el hambre de aquellas criaturas.

Uno de los PP. de la Misión, enviado por su superior, le escribió las circunstancias si-guientes, luego que llegó al primer lugar (1): «Encuentro tan gran porción de pobres, que me es imposible dar á todos. Hay más de tres-

(1) Vid. de S. Vic. l. 2, p. 11.

cientos en grande necesidad, y más de otros ciento en el último grado de miseria. Lo digo con la más exacta verdad: hay más de ciento que parecen unos esqueletos cubiertos con la piel, y están tan espantosos, que si Nuestro Señor no me diese fuerzas, no tendría valor ni aun para mirarlos. Tienen la piel tan encogida que se les ven los dientes descarnados hasta la raíz. Causa horror su fisonomía enteramente demudada. Salen al campo á buscar raíces y las comen á medio cocer. Hay muchas señoritas que se están muriendo de hambre, y hay no pocas jóvenes, de quienes temo que las precipite la desesperación en una desgracia mucho más sensible. En el último repartimiento de pan se han juntado mil ciento treinta y dos pobres, sin contar los enfermos, que son muchos, y á los cuales suministramos, juntamente con los remedios, el alimento que les conviene. Además de los pobres mendigos, no se pueden explicar, ni aun imaginar lo que padecen con motivo del hambre la mayor parte de los vecinos honrados y muchos nobles, siendo lo más deplorable que no se atreven á pedir. Hay algunos que antes se dejarían morir. He hablado con muchos que constituidos en esta situación, no hacen más que llorar inconsolablemente. En las principales ciudades y especialmente en Metz, á donde acudían los infelices de todas partes, había llegado la miseria al último extremo. Era tan grande el número de los pordioseros que había dentro y fuera de la ciudad, que algunas veces se juntaban en sus puertas cua-tro ó cinco mil de todas edades y sexos, y por la mañana solían encontrarse diez ó doce muer-tos. Pero en qué peligro se hallan las perso-nas jóvenes, cuya virtud tiene que resistir á tantos enemigos en tan funesta situación!

Inflamándose con esta perspectiva la cari-dad de Vicente, comunicó su ardor á muchas personas distinguidas de uno y otro sexo, y se tomó la resolución de aliviar á toda costa á aquel pueblo infeliz. Suministraron desde luego con gran generosidad unas sumas conside-

rables, las cuales envió el Santo inmediata-mente para que se distribuyesen según las urgencias; pero al momento quedaron consu-midas, y parecía que estas limosnas, una y muchas veces reiteradas, lejos de acabar con la miseria, no producían efecto alguno. Cual-quiera otro menos caritativo que Vicente se habría desanimado y mirado su empresa co-mo imposible. Pero ¿qué no puede un corazón inflamado del amor divino? La misma dificul-tad sirvió para redoblar su ardor; su magna-nimidad le hizo en cierto modo omnipotente, y el cielo dió tanta virtud á sus exhortaciones fervorosas, y le concedió tal imperio sobre los corazones que tenían alguna propensión á la misericordia, que proporcionó cerca de un mil-lon y seiscientos mil pesetas á la provincia de Lorena, mientras duró esta calamidad.

Un hermano de la Misión hizo cincuenta y tres viajes á dicha provincia para llevar oro, unas veces veinte mil, otras veinticinco mil y otras treinta mil pesetas. Lo que ciertamente es prodigioso y debe mirarse como un milagro, al menos de Providencia y protección sobre aquella buena obra, es que habiendo pasado muchas veces el conductor por medio de ejércitos y de soldados dispersos que recorrían todo el país, jamás le robaron ni detuvieron, y siempre lle-gó felizmente á su destino. Al atravesar algu-nos montes que estaban llenos de bandidos, luego que los veía u oía, arrojaba en el lodo ó en algún matorral el dinero que llevaba en una alforja remendada, como acostumbran los mendigos; después se dirigía á ellos con gran serenidad; solían registrarle, pero como nada le encontraban, le dejaban pasar adelante, y cuando ya se habían alejado, volvía á recoger la alforja. Un día descubrió unos croatas en campo raso; no tuvo más tiempo que para es-conder la alforja entre unas matas, y con esto logró también ponerla en salvo. Sucedió mu-chas veces que yendo en compañía de convo-yes bien escoltados, cayeron estos en manos de los salteadores, y el hermano siempre halló

medio para escaparse con su dinero. Otras veces, caminando en compañía de muchos par-ticulares, y separándose de ellos repentina-mente como por inspiración, caían en manos de ladrones que los despojaban, y el hermano no tenía ningún mal encuentro. En fin, llegaron á ser tan famosas las aventuras de este con-ductor feliz, que la reina madre quiso oír las de su propia boca, y se divertía muchas veces en hacerle repetir los artificios inocentes de que se valía; pero siempre protestó que su buena suerte era efecto de las oraciones y de las virtudes de su superior.

¿Quién será capaz de referir todas las obras de misericordia que ejercía el Santo por medio de otros muchos misioneros animados de su espíritu? Todos los días y en todos los parajes donde reinaba la miseria, se distribuía pan y menestra á todos los pobres, cuidándose muy particularmente de los enfermos. Los sa-caban de las calles donde yacían abandonados, y se les repartía en varias casas donde se les administraban los remedios y los alimentos con-venientes. Los misioneros, que estaban ya do-miciliados en Toul, admitieron sesenta en su propia casa, y recogieron también muchos sol-dados heridos ó enfermos que volvían del ejér-cito (1). En Verdun tenían que socorrer habi-tualmente á quinientas ó seiscientas personas, y por lo menos á cuatrocientas, á las cuales suministraban el pan todos los días. Daban me-nestra y carne á cincuenta ó sesenta enfermos, y á algunos dinero para sus necesidades particu-lares. Mantenían á treinta pobres vergonzantes, daban limosna en dinero á muchos infelices del campo, y socorrían á todas horas con pan á infinitos pasajeros. Vestían á muchos que es-taban reducidos á una desnudez vergonzosa, y calzaban á los que más necesidad tenían de este auxilio. Lo mismo con corta diferencia sucedía en las demás ciudades, no distinguién-

(1) Certific. del cabil. de Toul.; Vid. de S. Vic. l. 2, p. 375.